

PRÓLOGO

Daniel Mansuy

Como bien recuerda el mismo Pierre Manent¹, este libro –publicado por primera vez en 1982– se inscribe en el contexto de la recuperación de la obra de Alexis de Tocqueville que tuvo lugar en Francia durante la segunda mitad del siglo XX. Aunque Tocqueville fue un autor relativamente exitoso en vida, su obra atravesó un largo período de olvido después de su muerte. Raymond Aron solía recordar que nunca escuchó su nombre en su paso por la Sorbonne y L'École Normale Supérieure en la década de los '20 del siglo pasado; y Françoise Mélonio anota que entre los años 1925 y 1945 cada librería francesa vendió, en promedio, un ejemplar al año de *La democracia en América*, por lejos su libro más importante². Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial –y sobre todo a partir de la década del '70– su obra volvió a ser leída, analizada y comentada, transformándose poco a poco en una referencia ineludible a la hora de aproximarse al estudio de ciertos fenómenos contemporáneos. Fue, sin duda, Raymond Aron quien puso la primera piedra de este redescubrimiento. En plena Guerra Fría, y mientras discutía con diversas corrientes marxistas, existencialistas y estructuralistas, Aron cree que Tocqueville puede ayudarlo a pensar la complejidad del mundo sin renunciar a la primacía del factor político. La novedad de Tocqueville pasaba precisamente por allí: en pleno siglo XIX, había sido capaz de descifrar la especificidad política del mundo moderno. Mientras Comte había comprendido la modernidad como la era de la industria, y

1 Pierre Manent, *Tocqueville y la naturaleza de la democracia* (Santiago: IES, 2018), X.

2 Raymond Aron, *Le spectateur engagé. Entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton* (París: Fallois, 2004), 32; y Françoise Mélonio, “Sur les traces de Tocqueville”, *Cahiers de philosophie politique et juridique* 19 (1991): 17.

Marx como el despliegue inexorable de la lógica capitalista, Tocqueville percibió que el nuevo mundo debía ser leído como el advenimiento de la idea de la igualdad³. Si el movimiento moderno es fundamentalmente un impulso por igualar a los hombres, se debe poner especial atención, por lo tanto, a los procesos políticos antes que a las variables económicas y técnicas. Las intuiciones de Aron cayeron en tierra fértil. En efecto, a partir de sus trabajos, se produjo una rehabilitación amplia y variada de la obra tocqueviliana, desde diversos lugares y disciplinas. Así, autores en principio tan distintos como Claude Lefort, Cornelius Castoriadis, François Furet y Marcel Gauchet fueron parte –cada uno a su manera– de esta corriente⁴.

Pierre Manent pertenece a esa generación que –inspirada por Aron– volcó su mirada a Tocqueville, y su primera convicción es que la comprensión de la modernidad exige una perspectiva específicamente política. Así, a ojos de Manent, pocas cosas pueden resultar más útiles para comprender nuestro propio mundo –y a nosotros mismos– que una exploración de los dos volúmenes de *La democracia en América*. Manent busca descubrir en ese texto los mecanismos íntimos y los movimientos más ocultos del régimen democrático. Estos resultan difícilmente perceptibles para nuestros ojos, pues ya están naturalizados y, por lo mismo, no podemos apreciarlos con nitidez. Todo indica que hemos perdido la capacidad de asombro respecto de los efectos de la democracia. En otras palabras, ya no vemos la democracia, porque estamos demasiado inmersos en ella; ya no podemos reconocerla, porque de algún modo *somos* la democracia. La ventaja de Tocqueville es que, siendo un francés de origen aristocrático, vislumbra en la joven nación

3 Raymond Aron, *Essai sur les libertés*, (París: Pluriel, 1998), 33; ver también el capítulo dedicado a Tocqueville en Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique* (París: Gallimard, 1976). Aron expone su tesis de la primacía del factor político en los primeros capítulos de *Démocratie et totalitarisme* (París: Gallimard, 1965).

4 Para una visión general sobre la recuperación de Tocqueville, ver Serge Audier, *Tocqueville retrouvé. Genèse et enjeux du renouveau tocquevillien français* (París: Vrin–EHESS, 2004). Ver también François Furet, “L’importance de Tocqueville aujourd’hui”, *Cahiers de philosophie politique et juridique* 19 (1991): 135-145.

americana la médula del principio democrático, para luego aislarla en su análisis comparativo. Por lo mismo, leer a Tocqueville sigue siendo un ejercicio que sorprende por su actualidad: aunque escribió hace casi doscientos años, y siendo él mismo relativamente joven⁵, los elementos centrales de su diagnóstico no han perdido nada de su pertinencia. Más bien, cabría decir lo contrario, pues mientras más avanza la lógica democrática, más aguda y penetrante se vuelve la mirada de Tocqueville sobre ella.

En este plano debe buscarse la originalidad de la exégesis que Manent hace de Tocqueville. Si Aron estaba interesado más bien en los aspectos institucionales del pensamiento de Tocqueville (¿en qué consiste un régimen liberal?), Manent se fascina sobre todo con su descripción fenomenológica de los laberintos en los que habita el individuo democrático, que permitiría aproximarse a las tensiones que, inevitablemente, la democracia trae consigo⁶. ¿Cuáles son, a ojos de Manent, los ejes fundamentales del diagnóstico de Tocqueville? El primero de ellos guarda relación con lo siguiente: la democracia moderna no se define tanto por un conjunto de procedimientos o mecanismos, sino más bien por aquello que Tocqueville llama un hecho generador: la igualdad de condiciones. Lo más propio de la democracia es que en ella predomina el sentimiento de la semejanza humana. La democracia nos insta a vernos como iguales, y eso tiene una influencia decisiva sobre todos los aspectos de nuestra vida. De hecho, este cambio sería de tal profundidad que Tocqueville llega a hablar de dos modos de lo humano, de dos humanidades distintas, al contrastar el escenario que le toca observar con el mundo anterior. No hay, a lo largo de la historia, un fenómeno tan relevante como el advenimiento de la democracia. Y, desde luego, este nuevo

5 Los dos volúmenes de *La democracia en América* fueron publicados en 1835 y 1840, cuando Tocqueville tenía 30 y 35 años respectivamente. Después de eso, Tocqueville se dedicó a la actividad política (fue diputado y ministro). Finalmente, se retiró de la vida pública tras el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte (1851). Para los aspectos biográficos de Tocqueville, ver André Jardin, *Alexis de Tocqueville* (París: Pluriel, 2005).

6 Ver Pierre Manent, *Le regard politique. Entretiens avec Bénédicte Delorme-Montini* (París: Flammarion, 2010), 131.

fenómeno requiere una nueva ciencia política, cuyos principios Tocqueville pretende elaborar. El capítulo de *La democracia en América* que mejor refleja este cambio es aquel que lleva por título “Cómo la democracia modifica las relaciones del servidor y del amo”, que Manent comenta agudamente en el tercer capítulo de este libro. El problema puede explicarse como sigue: dado que la democracia no elimina todas las desigualdades, en ella subsiste la relación de servicio entre los hombres. Sin embargo, esta se ve profundamente modificada. Mientras que en la aristocracia se considera que el servidor y el amo pertenecen a mundos distintos y cerrados, en democracia se ven como iguales, unidos exclusivamente por vínculos contractuales (y, por tanto, consentidos). Así, una relación eminentemente aristocrática se ve subvertida de punta a cabo por la idea democrática, por el sentimiento de semejanza, aunque las condiciones materiales hayan permanecido idénticas. Sin embargo, al mismo tiempo que sus condiciones se igualan, sus personas se alejan. Si la relación es solo contractual, no hay en ella ningún deber que exceda los términos del contrato. Hay aquí una doble conclusión, fundamental para Manent: la democracia iguala tanto como separa. La duda que surge entonces es bajo qué modalidad podrá articularse la comunidad política una vez acabada la relación aristocrática.

El régimen aristocrático se funda en la aceptación de la diferencia humana, de las ideas de jerarquía y autoridad, en torno a las cuales se organiza la sociedad. Buena parte de la obra de Tocqueville consiste en un detallado y exhaustivo contraste entre ambas formas de vida, como dos posibilidades de lo humano. Ahora bien, la aristocracia tiene un orden político más o menos natural, porque la noción de jerarquía contiene –aunque sea de modo implícito– la idea de vínculos entre los hombres. En la superioridad (sea falsa o verdadera) ya hay una relación. El trabajo de la democracia es exactamente lo contrario, pues esta disuelve los vínculos verticales, y solo acepta las relaciones consentidas y de estricta horizontalidad⁷. Una de las premisas

7 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, vol. 2 (México: Fondo de Cultura Económica, 2015), parte 2, cap. 2: “La aristocracia había hecho una larga cadena con todos los ciu-

que funda la democracia es el reconocimiento de que cada cual posee un derecho absoluto sobre sí y, en consecuencia, la relación fundamental del individuo es consigo mismo. Los demás vienen después de la aceptación de ese principio, pero no antes; y el trasfondo del orden democrático es siempre el estado de naturaleza. Este es el motivo por el que Manent llega a decir que la definición democrática de libertad no tiene nada de específicamente político (capítulo III), porque dicha definición no nos pone en relación con nadie distinto de nosotros mismos. La pregunta que surge espontáneamente es: ¿cómo se relacionan hombres que no aceptan sino verse unos a otros como rigurosamente iguales y que, en principio, no tienen nada en común? ¿Qué politicidad puede fundarse sobre el sentimiento de igualdad, que parece negar el principio mismo de todo gobierno (la necesidad de alguna distancia entre gobernantes y gobernados)? Estas interrogantes son ciertamente incómodas para el lector contemporáneo, pero resultan indispensables si realmente queremos hacernos cargo de las dificultades inducidas por el régimen bajo el que vivimos.

Esta cuestión puede abordarse como sigue: el individuo democrático es, en principio, reacio a recibir cualquier tipo de influencia (ya que esta supone algún tipo de jerarquía, aunque fuera muy tenue). La democracia busca reproducir el estado de naturaleza tal y como fue pensado por los contractualistas: un estado de perfecta libertad y autonomía de individuos aislados. La democracia se enfrenta a la difícil tarea de recrear un orden político allí donde solo se admiten vínculos horizontales, y donde cada individuo —en palabras de Tocqueville— se encierra estrechamente en sí mismo, pretendiendo desde allí juzgar el mundo⁸. Si el arte político se define ante todo por la capacidad de poner cosas relevantes en común⁹, el individuo democrático no parece estar preparado para una aventura de ese tipo. Para Manent, el

dadanos, que ascendía del campesino al rey; mientras que la democracia rompe esa cadena, aislando cada uno de los anillos”.

8 Tocqueville, *La democracia en América*, parte 1.

9 Aristóteles, *Política*, 1253a16-18.

autor de *La democracia en América* revela acá una verdad fundamental del régimen democrático: la progresiva transformación del ciudadano en individuo, que pierde la perspectiva de formar parte de un todo más amplio. El individualismo que predomina al interior de las sociedades democráticas –que Tocqueville distingue cuidadosamente del egoísmo, pues no cree que el problema pueda reducirse a su dimensión moral– aparta a los hombres del interés cívico, alejándolos de cualquier vínculo efectivo con otros. Si se quiere, la democracia que observa Tocqueville confirma una intuición de Montesquieu, quien había sugerido que los hombres modernos serían más confederados que conciudadanos¹⁰. Manent nota aquí una paradoja relevante: ningún régimen necesita más el ejercicio de virtudes públicas que la democracia (pues debe recrear constantemente un orden político que no está dado), pero, al mismo tiempo, ningún régimen vuelve más improbable el ejercicio de aquellas virtudes. De algún modo, Tocqueville comprende antes que nadie que las democracias deben acostumbrarse a convivir con grados elevados de apatía política. Por lo mismo, sugiere que la democracia se enfrenta al peligro del despotismo centralizado, pues la masa indiferenciada y pasiva carece de medios para oponerse a un Estado tutelar. Mientras más se separan los individuos unos de otros, más se arriesgan a ser dirigidos por un Estado cuya tendencia es acumular el máximo de prerrogativas posibles.

Desde luego, Tocqueville no piensa que tal sea el destino fatal del orden democrático, y esto por varios motivos. El autor de *La democracia en América* no cree en nada semejante a un curso determinado del futuro, ni participa del vasto movimiento decimonónico de filosofía de la historia. Pero nada de esto –y aquí reside buena parte de su originalidad– lo hace insensible frente al carácter irresistible de ciertas lógicas. Así, describe la marcha hacia la igualdad entre los hombres como un movimiento inexorable, frente al cual resulta vano oponerse. No obstante, la democracia no admite solo una modalidad, ni está determinada a manifestarse solo de una manera. En ese

10 Montesquieu, *De l'esprit des lois*, libro XIX, 27.

sentido, Tocqueville es un pensador genuinamente liberal, pues cree que el futuro depende básicamente de lo que nosotros decidamos hacer con él: no estamos sometidos a ningún tipo de necesidad ciega. Al mismo tiempo, está lejos de ser un reaccionario que se satisfaga con la crítica de la democracia y de la modernidad. A pesar de su origen aristocrático, y contrariando sus instintos más primarios, Tocqueville cree que el movimiento democrático es fundamentalmente justo. Hay en la idea de igualdad algo verdadero que las sociedades aristocráticas no alcanzan a ver. Esto le permite observar el mundo con una admirable independencia de juicio, pues su adhesión a la democracia es siempre lúcida, con plena conciencia de sus fragilidades. El juicio de Tocqueville, por ejemplo, es muy severo en lo que refiere a la libertad intelectual que permiten los pueblos democráticos. Según él, estos caen de modo veloz en un conformismo que impide la emergencia de todo espíritu crítico, y eso vuelve muy difícil la expresión de disidencia intelectual (y, por ende, de toda originalidad) respecto de la opinión dominante. En ese sentido, la censura democrática bien puede ser más drástica (aunque menos cruel) que aquella que reinaba bajo la Inquisición¹¹.

Con todo, Tocqueville nunca dejó de pensar que los aspectos más nocivos de la democracia pueden ser contenidos y corregidos por un arte político suficientemente desarrollado, y que tome en cuenta algunos principios elementales. Uno de ellos, que hoy puede sorprender a más de un lector, es la unión entre el espíritu democrático y el espíritu de religión (en la Francia postrevolucionaria se consideraban antinómicos), pues cree que la apertura a la trascendencia impone frenos al despliegue total de la lógica democrática, a pesar de ser él mismo incrédulo¹². Por otro lado, defiende con vigor las asociaciones libres y voluntarias, mecanismo mediante el cual los hombres pueden salir del individualismo rampolón, y recuperar la perspectiva de lo común. En su óptica, solo una sociedad civil dotada de fortaleza y vitalidad

11 Sobre esto, ver Philippe Bénétou, *Les fers de l'opinion* (París: Puf, 1999).

12 Ver la carta de Tocqueville a Arthur de Gobineau del 5 de septiembre de 1843 en Alexis de Tocqueville, *Lettres choisies. Souvenirs* (París: Gallimard, 2003), 515-519.

puede conducirnos hacia un plano más elevado, y sacarnos de la consideración estrecha por nuestro bienestar material. Las asociaciones voluntarias son el modo en que el individuo democrático se *repolitiza*, logra practicar virtudes públicas, y –sobre todo– vuelve a considerar su bien particular desde una perspectiva que incluye el bien de otros. Renunciar a esas asociaciones es, por tanto, condenar a los individuos a un horizonte tan estrecho como peligroso, pues hace plausible el despotismo.

De más está decir que todas y cada una de estas consideraciones son muy pertinentes para las discusiones que vive hoy nuestro país. En efecto, puede pensarse que, en los últimos años, Chile entró de lleno en la lógica democrática descrita por Tocqueville. No tanto porque hayamos satisfecho nuestros anhelos de igualdad –estamos lejos de aquello–, sino porque esos anhelos son cada día más vehementes. La reivindicación democrática ya no admite dilaciones ni acepta obstáculos aristocráticos en su camino; se ha convertido en un imperativo categórico que no se detiene ante ninguna consideración. Sin embargo, y aquí reside la advertencia fundamental de *La democracia en América*, la idea de igualdad –llevada al extremo– contiene elementos profundamente antipolíticos y, en último término, autodestructivos. Tocqueville recoge aquí un viejo principio aristotélico: ninguna idea, ninguna aspiración humana debe ser exclusiva ni monopólica, pues eso implica olvidar que los bienes humanos son diversos y que deben equilibrarse entre sí. Provisionalmente, la democracia necesita tanto de la igualdad como de la libertad. Por lo mismo, resulta imprescindible poner atención en el cultivo de las virtudes públicas, la fortaleza de los cuerpos intermedios, la libertad de expresión y el respeto por las instituciones liberales y el régimen representativo, pues no hay auténtica libertad fuera de ese cuadro. Es decir, fuera de ese cuadro, la reivindicación igualitaria –legítima en principio– bien puede profundizar la privatización de la vida humana. Por mencionar un ejemplo, mientras más atribuciones le damos al Estado –esperando que éste logre igualar las condiciones– más corremos el riesgo de debilitar el tejido propio de la sociedad civil, que es difícilmente compatible con el modo

de operar del aparato público. Además, la aspiración a la igualdad no es necesariamente ajena a ciertas tendencias narcisistas, como lo muestra el auge que ha adquirido en los últimos decenios la noción de identidad, que pareciera considerar que la plaza pública es el lugar para manifestar nuestras singularidades antes que aquello que tenemos en común¹³. Ningún proyecto político digno de ese nombre debería ignorar estas reflexiones.

Jean-Claude Lamberti ha dicho que Tocqueville es quizás el último representante del humanismo cívico; quizás el último autor que intentó aceptar el principio de la autonomía moderna sin renunciar nunca a la importancia fundamental de los vínculos políticos en la constitución y el despliegue de lo auténticamente humano¹⁴. En otras palabras, el liberalismo de Tocqueville fue siempre un liberalismo político. El gran mérito de este libro es hacernos ver —casi tocar— precisamente este punto: la democracia, a pesar de todos sus méritos, no se basta a sí misma. O bien, como dice el mismo Pierre Manent al concluir su trabajo: para amar bien la democracia, hay que amarla moderadamente¹⁵.

13 Para una visión crítica de las políticas de la identidad, ver Mark Lilla, *El regreso liberal. Más allá de las políticas de identidad* (Madrid: Debate, 2018).

14 Jean-Claude Lamberti, *Tocqueville et les deux démocraties* (París: Puf, 1983), 244.

15 Para ver el modo en que Manent desarrolla su perspectiva sobre estas cuestiones, ver *Curso de filosofía Política* (Santiago: IES, 2016). Sobre el modo en que ha evolucionado su lectura de Tocqueville, ver *Les Métamorphoses de la cité. Essai sur la dynamique d'Occident* (París: Flammarion, 2010).

Bibliografía

Aristóteles, *Política*.

Aron, Raymond, *Essai sur les libertés* (París: Pluriel, 1998).

Aron, Raymond, *Le spectateur engagé. Entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton* (París: Fallois, 2004).

Lamberti, Jean-Claude, *Tocqueville et les deux démocraties* (París: Puf, 1983).

Mélonio, Françoise, “Sur les traces de Tocqueville”, *Cahiers de philosophie politique et juridique* 19 (1991): 13-20.

Montesquieu, *De l'esprit des lois*.

Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América* (México: Fondo de Cultura Económica, 2015).